

virtud de su gran volumen; Saturno, que sobre ser de bastante tamaño se encuentra muy lejos del Sol y de su influencia atractiva, posee ocho ó nueve lunas; Marte ya no puede permitirse más lujo que el de tener dos, y nuestro planeta sólo cuenta con una, aunque bastante grande y hermosa, felizmente para los amantes del romanticismo. Venus y Mercurio no pueden tener satélite alguno.

El día que se confirme la hipótesis del geólogo americano, cuando la Tierra pase á la órbita de Marte, Venus ocupará nuestro puesto y ya podrá tener su correspondiente luna, que por ahora debe ser objeto de la envidia de todos los astrónomos que vivan en dicho planeta.

Mr. Taylor asegura que cuando el Sol no tenía más que cuatro planetas, que eran Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, un verdadero torbellino de cometas cruzó el espacio, penetró en nuestro sistema y empezó á girar vertiginosamente en torno del Sol. Una parte insignificante de aquel ejército de cuerpos sidéreos dió lugar al anillo de Saturno, y del resto nacieron los asteroides que más adelante formaron, condensándose, Marte, la Tierra, Venus y Mercurio.

Ahora cabe preguntarse: ¿Cuál será el cometa que ha de entrar en el sistema solar y hacernos dar un salto hasta la órbita de Marte? Según el inventor de la teoría, el cometa de Encke, que parece se está ya preparando para meterse entre el Sol y Mercurio, y al cual debemos mirar desde ahora con cierto recelo, como enemigo que es del porvenir de la humanidad.

Pero no haya miedo; por bien ideada que esté la teoría que muy á la ligera acabamos de exponer, parece que hasta la fecha sólo ha servido para hacer reír á los mismos compatriotas de Mr. Taylor. El profesor Serviss, astrónomo americano de justa fama, ha manifestado que ni en el cometa de Encke se observan indicios de que vaya á quitar á Mercurio de su sitio, ni en las hipótesis del geólogo puede verse otra cosa más que un trabajo muy entretenido, pero en manera alguna digno de ser tomado en serio por ningún astrónomo.

Sin embargo, por si los hechos supuestos resultasen algún día ciertos, bueno es que estemos preparados para recibir, aunque sea á disgusto, al cometa que ha de introducirse primeramente en nuestro sistema planetario:

LA NATURALEZA DE LOS ELEMENTOS QUÍMICOS.

Es probable que el estudio de las materias radio-activas haga variar hoy mucho las ideas concebidas, relativas á la naturaleza de los elementos químicos. Recientes investigadores han lanzado la idea, de que los elementos son simplemente residuos que resultan de una muy prolongada desintegración, semejante á la sostenida actualmente por los cuerpos radio-activos. La descomposición, si podemos llamarla así, se efectúa por grados distintos, produciendo substancias intermedias una tras otra; dichas substancias permanecen por periodos más ó menos largos; algunos por unos cuantos segundos y otros hasta por algunos años. Estos elementos temporarios están llamados por los Señores Rutherford y Soddy "Metabolonos" (1) y se cree que la única diferencia entre estos y los elementos químicos, consiste en su vida más corta.

En un discurso pronunciado ultimamente por el Señor Soddy y publicado en la "Nature" se demostró: "Según continúa el proceso de desintegración, se alcanzan ciertos grados en que las substancias producidas tie-

nen los caracteres de elementos químicos, aún diferenciando del concepto ordinario de lo que es un elemento, en que su existencia es meramente temporaria. El thorio, por ejemplo, da una emanación que cambia de caracter en el corto tiempo de ochenta y siete segundos; la forma de materia á la cual el radio debe su poder de excitar radio-actividad en otros cuerpos, continúa por el periodo aproximado de cuarenta y tres minutos; aquella á la que el thorio debe una propiedad semejante, dura como dieciseis horas; la emanación de radio dura cinco días y ocho horas; el no investigado producto inmediato de la desintegración del thorio, llamado thorio X, tiene una vida de diecinueve horas; uranio X, cuatro semanas; polonio dieciseis meses; radio mil trescientos años; la de uranio y thorio aproxima á 1.000,000,000 de años."

«Los átomos de la química vulgar presentan las formas que tienen la vida más larga, y su existencia es debido á que han sobrevivido á un proceso de evolución en la cual los físicamente insuficientes han desaparecido. Las formas transitorias representan las formas elementales de materia impropias de sobrevivir, pero están, y sentidas dentro de nuestras facultades de conocimiento, porque constituyen las etapas temporarias por las cuales la materia está pasando en un periodo de evolución despacio y continuo, de las formas más pesadas á las más ligeras. Durante toda su existencia sea larga ó corta, el metabolono obra como un átomo ordinario. En apariencia no da ninguna indicación de la proximidad de su fin, pero repentinamente, por algún cataclismo interior se separa con violencia y deja de existir en su forma anterior. La causa de este cataclismo en la actualidad está casi fuera de conjetura. Por consiguiente, hay manifestado un mundo nuevo, en el cual el átomo no es la unidad, ni son químicas las fuerzas, y en el que las conjunciones químicas comunes, como la temperatura están sin significación.»

«Vista relativamente la duración de su vida, parece ser probable que el radio, el actinio, y el polonio, deben permanecer simplemente en formas transitorias de un cambio lento, producidas por la desintegración del elemento original uranio. Siendo que la actividad del polonio se reduce á la mitad, en poco más ó menos de un año, resulta que su existencia actual en la pezuña, se debe á su producción continua dentro de su mineral. Bajo tales impresiones, y aplicando el mismo razonamiento al radio, también debe permanecer este en un estado de equilibrio semejante, compensándose así la cantidad de su producto en tiempo dado, con el agotamiento en su peso á formas inferiores en el mismo tiempo. Alguien quizá habrá pretendido descubrir que una cantidad de uranio, originalmente libre de radio, pudiera producir alguna cantidad de este elemento. Más debe transcurrir un largo periodo, antes de alcanzar una definitiva conclusión.

Además, en estos estudios hay un factor enteramente desconocido: es el actinio, y hasta no hacer más investigaciones sobre este elemento, no podemos hablar. Siguiendo el asunto hasta sus límites, nos ponemos frente de la pregunta, ¿cuándo y cual fué el origen del universo? Según las ideas ortodoxas, se está tendiendo á un estado de agotamiento en el cual todo cambio tiene que cesar. No obstante, si una influencia constructiva está obrando, opuesta á este proceso, puede ser que el sistema entero resulte ser muy conservador, no teniendo límites respecto al futuro ni al pasado, pero procediendo por ciclos continuos de evolución. Esto sería posible en caso haber de una acrecentamiento gradual y continuo de masa atómica, semejante á la por la cual los elementos fijos fueron ori-

[1] Cuerpos que se transforman.

ginalmente formados. Por ahora, todas estas teorías pueden considerarse como conjeturas.»

¿No podría esta teoría ó hipótesis, si quieren llamarse así, explicar el fenómeno extraordinario, notado por el Sr. Ramsay, quien observó la aparente transición de un elemento á otro distinto?

NEMO.

DE REVISTAS EXTRANJERAS.

EL OCCIDENTE EN EL ORIENTE

Por MAX. NORDAU.

(Concluye.)

Físicamente, no somos mejores que el hombre amarillo. Los japoneses y los chinos del Sur son de más corta estatura que los blancos; pero los chinos del Norte y los habitantes de la Manchuria son de estatura igual, ya que no más elevada, en algunos casos, que los blancos. Nos imaginamos que somos más buenos mozos; ideal de la belleza por nuestro propio aspecto. Ningún habitante de nuestro globo puede decidir si un habitante de Marte, tan diferente de nosotros y del hombre amarillo, nos consideraría como más buenos mozos á los blancos.

Echamos en cara al hombre amarillo una moralidad muy cuestionable y una tendencia á mentir. Y obrando así, cometemos el gran disparate de comparar cantidades de dos órdenes diferentes una con otra. Medimos las enseñanzas de nuestros más sabios y virtuosos maestros, tales cuales están expresadas en nuestros más nobles preciados libros, con las de hombre de carne y hueso, de China. Comparemos la Biblia, la ética de Spinoza y los caracteres, por ejemplo, de las novelas de Jorge Eliot con los concretos chinos del Yamén, de una cabecera de provincia, ó del barrio de los *coolies*, en Cantón. Todo esto es injusto é irrazonable. Debe mos comparar ideal con ideal, abstracción con abstracción, concreto con concreto, hombres con hombres. Y entonces nos encontraremos con que nada tenemos que echar en cara al hombre amarillo. Por una parte, los escritores clásicos de la China nos enseñan una moralidad tan elevada, tan noble, tan sabia, como nuestros mejores escritos; y, por otra parte, los habitantes de nuestros barrios infectos, la escoria de nuestra sociedad, no son mejores, por cierto, que los *coolies*. Nuestros politicastos de profesión no son más esclavos de la verdad que el embustero mandarín. Los chinos, aun los de las clases más inferiores, son bien educados, tienen buenas maneras y su política ha provocado la agresiva hilaridad del tosco europeo. Su respeto á la ley puede ser apreciado sólo por los blancos de un desarrollo mental superior. Ama y honra á sus padres y, por lo general, es muy apegado á su familia. No es borracho, y si abusa fumando opio, no tenemos el menor derecho en echarse en cara, porque prácticamente le hemos impuesto por la fuerza ese vicio. Es infatigable en su trabajo y obrero diestro y concienzudo. Es comerciante honrado; su palabra es tan buena como una escritura, y los europeos prefieren tener tratos con él á tenerlos con muchos europeos, con quienes se encuentran en los puertos y en las poblaciones del Extremo Oriente. Es modesto en sus gustos y frugal casi hasta la abstinencia. Todo lo que necesita para ser feliz es verse libre de sus actuales sufrimientos. Ansía por adquirir conocimientos de la clase que él aprecia; y en ninguna parte se reverencia más al maestro, ni se le tiene en más elevada estimación que en China.

Tal es el aspecto moral de los chinos.

La hiperestesia de nuestro sistema nervioso, la fuen-

te orgánica de nuestro eterno descontento, de nuestra incesante inquietud, es la agusada espuela que impele á todo progreso.

Sabemos mucho más que el hombre amarillo, y nuestro saber nos ha dado una superioridad técnica sobre él. Esto no prueba, necesariamente, que séamos una raza mejor. La impresionabilidad superior del sistema nervioso imparte á la vida, á no dudarlo, un tenor más rico de goce y de sufrimiento, con cierto exceso del último, sin embargo; pero esto es, á la larga, quizá una desventaja biológica, que nos expone á un peligro mayor y una ruina más temprana que lo que haría cierto grado de enervamiento. No puede decidirse desde luego por lo mismo, qué condición sería mejor, si la hiperestésica ó la anestésica. Es muy aventurado, además, el que neguemos á la raza amarilla una capacidad igual á la nuestra para la ciencia natural y la aplicación técnica de sus doctrinas, pues que, á no dudarlo, son nuestros iguales en el campo de la especulación pura, de la filosofía y de la ética.

Los japoneses tienen hechos ya muy notables descubrimientos en fisiología y en patología experimental; el profesor Kitasato es mencionado con el más profundo respeto por todos los sabios europeos. La compulsión de circunstancias exteriores podrá, quizá, en el caso del hombre amarillo, reemplazar el estímulo interior que incita al hombre blanco á trabajos científicos, y tal vez pueda acarrear una emulación en la investigación y en la experimentación, cuyo resultado no es dable prever.

Un eademonista puede, bajo su punto de vista filosófico, sostener que el saber no es su propósito y su fin, sino que su aspiración es la mejor adaptación á circunstancias especiales, el mejoramiento de las condiciones de la vida, y, en último caso, el aumento de las sensaciones eudemonísticas. Ahora bien, el hombre amarillo está, sin duda, más contento, y es subjetivamente, más feliz que el hombre blanco. ¿No es ésta prueba de que su civilización, por caminos muy distintos de los que sigue la nuestra, á saber, buscar la mayor suma de felicidad, llega con más rapidez y con mayor seguridad al fin verdadero, á la aspiración real de toda civilización, siendo, por lo mismo, superior á la nuestra bajo el punto de vista eudemonístico?

Gusta al hombre blanco hablar y vanagloriarse de su derecho para subyugar á su antojo al hombre de color. Y basa ese derecho en su mayor y más elevado grado de cultura. Es esto un engaño, consciente, ó inconscientemente. La real y única base de su pretendido derecho no es moral, sino puramente biológica: *que él es el más fuerte*. ¿Tiene acaso nuestro pretendido derecho para imponer nuestra voluntad á la raza amarilla siquiera una justificación biológica? A esta pregunta da la historia una respuesta que debería hacer reflexionar detenidamente al hombre blanco.

Hasta el período presente, la raza blanca no había llegado á levantar la mano contra la raza amarilla, sino, por el contrario, había tenido que asumir la defensiva, y, en cada colisión entre ambas razas, la blanca había llevado la peor parte, y esto de vergonzosa manera. Dejemos á un lado los conflictos prehistóricos de los que nos da cuenta el Mahabharata, y la lucha entre los Semitas y los Sumerianos, porque no sabemos, con grado alguno de certidumbre, á qué raza pertenecían Hanuman y su pueblo, en la India, y los Sumerianos, en Babilonia meridional. En los tiempos históricos tenemos conocimiento de la invasión de los Hunos, acaudillados por Atila, en el siglo V; de los magyares, bajo las órdenes de Arpad, en el siglo IX; de los Mongoles, guiados por Batu Khan, en el siglo XIII; de los Turcos desde el siglo XV en ade-